

terminando sus pequeñas desavenencias; celebraba casamientos para poner un término á los tratos ilícitos á que los esclavos son bastante propensos; procuraba dulcificar las penalidades anejas al estado de esclavitud, haciéndoselo considerar bajo el punto de vista de la Religión; tomaba un exacto conocimiento de su instruccion actual, para preparar poco á poco para la Comunión á los que consideraba capaces de ella (se acostumbraba permitir á muy pocos negros acercarse á la sagrada mesa, porque la esperiencia habia demostrado cuán indignos eran de ella). Representaba prudentemente á los dueños las faltas en que algunas veces caian respecto de sus esclavos, sea no velando convenientemente sobre su conducta espiritual, sea sobrecargándolos de trabajos excesivos, sea en fin no dándoles lo necesario para su alimento y vestido, con arreglo á lo tan sábiamente prevenido por Reales órdenes. Finalmente, hacia otras mil cosas de esta naturaleza, que estaban en el círculo de su ministerio, encaminadas todas igualmente á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Era verdaderamente muy penoso hacer en un pais como la Guyana semejantes correrías, pues estando en el campo, no hay mas alternativa que sufrir los rayos de un sol abrasador, ó la impetuosidad de las lluvias; pero ¿de qué no será capaz un depurado y ardiente celo, y qué obstáculos serán los que no pueda superar? Sin embargo, no por estar ocupado en esta buena obra se olvidaba el P. Fauque del principal objeto de su viaje. Tenia buen cuidado de decir á los negros, que si por casualidad veian á alguno de sus compañeros fugitivos, les asegurasen de que aun cuando no habian querido hablar con él en el bosque, habia logrado que se prorogase el indulto; pero que si en el término de un mes no regresaban, no tenian ya que pensar en gracia ni perdon, sino que estuviesen bien seguros de que se les perseguiria sin tregua hasta conseguir su esterminio.

Por último, concluida su mision y despues

de haber recorrido todas las habitaciones de las cercanías, el P. Fauque se habia embarcado para regresar á Cayena, cuando vió venir á él una barquilla conducida á remo por dos jóvenes negros portadores de una carta del ecónomo de un ingenio de azúcar inmediato, diciendo que los negros fugitivos habian llegado á aquel establecimiento y preguntaban con las mayores instancias por el misionero. Pero aun fué mas viva la instancia con que este corrió á verse con ellos, y se encontró con unos veinte, que le aseguraron que sus compañeros no tardarian en venir, pues ya se habian puestas en camino. Despues de haber derramado algunas lágrimas de alegría sobre aquellas ovejas que despues de haber andado tanto tiempo estraviadas volvian á entrar en el redil, el Padre les echó en cara el no haber querido hablar con él cuando se les presentó en el bosque. Respondieron constantemente que habian tenido miedo de que hubiera algun destacamento oculto para prenderlos; pero que al ver enarbolado el signo de nuestra redencion, no habian podido menos de creer que al fin era llegado el tiempo de alcanzar gracia, tanto para su alma, como para su cuerpo. Poco á poco fueron reuniéndose hasta unos cincuenta, con los cuales regresó el misionero á Cayena. Las calles de esta poblacion se llenaron de gente para verlos pasar. Los propietarios se felicitaban entre sí por haber recobrado sus esclavos, y hasta los mismos negros se congratulaban en volver á ver uno á su padre, otro á su hermano ó á su hijo, de los que ya se creian separados para siempre. Lo que mas llamaba la atencion era un grupo de jóvenes de ambos sexos que habian nacido en los bosques y que como nunca habian visto personas blancas ni casas de construccion á la europea, no se cansaban de mirarlas manifestando á su modo su admiracion. El Padre condujo por de pronto su pequeño rebaño al templo en el que habia una gran reunion con motivo de ser la fiesta de San Francisco Ja-

vier, y acabó de llenarse completamente con el gentío que tras él venia. El Padre principió por hacer que aquellos pobres miserables diesen una satisfaccion pública, primero á Dios, cuyo servicio habian abandonado por tanto tiempo; despues á sus amos y á los colonos cuyos intereses habian perjudicado; y últimamente, á sus compañeros por el mal ejemplo que les habian dado con su fuga, con sus ra-

piñas, etc. En seguida se celebró una misa en accion de gracias, á la que asistieron con tanto placer y devocion, como que algunos de ellos hacia quince ó veinte años que no la habian oido. Despues de concluida, los presentó el Padre al gobernador, el cual les confirmó el perdon que el misionero les habia prometido en su nombre, y en seguida pasaron al dominio de sus primitivos amos.

## LIBRO OCTAVO.

(NONAGÉSIMO TERCERO.)

### Desde la hula APOSTOLICUM en 1765, hasta la muerte de Clemente XIII en 1769.

MIENTRAS que algunos santos sacerdotes ilustraban los paises de mision con las luces de la fé, y los edificaban con el ejemplo de sus virtudes, la antigua Europa, cuna de la civilizacion, y teatro á un mismo tiempo de todas las locuras y depravaciones, tampoco carecia de enseñanza, ni de buenos modelos. Los Pontífices romanos, al inscribir solemnemente en el catálogo de los Santos los nombres de aquellos heróicos cristianos que no habian abandonado la tierra mas que para ocupar un trono en los cielos, proponian su vida como modelo á los vivientes, y la Providencia incansable en sus dones hacia brotar á cada instante flores místicas cuyo esplendor y perfumes llenaban la vasta estension de la Iglesia de Dios.

Benedicto XIII, á cuyo Pontificado nos

vemos en la precision de retroceder para anudar el hilo de estas solemnes declaraciones, habia declarado en 7 de agosto de 1726 bienaventurado ó beato á Jacinto Mariscotti, de la órden tercera de San Francisco. Tambien en los días 10, 27 y 31 de diciembre del mismo año canonizó con las ceremonias de costumbre á ocho beatos, á saber: Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, en el Perú; Jacobo de la Marca, religioso de los frailes menores de la Observancia; Inés de Montepulciano, ferviente religiosa; Francisco Solano, fraile menor de la observancia; Pelegrin Latiozi, de la órden de Servitas; Juan de la Cruz, que ayudó á Santa Teresa en la fundacion de su órden; Luis Gonzaga y Estanislao de Kotska, de la Compañía de Jesus. El mismo Pontífice permitió en 14 de mayo de 1728



reverenciar como beato á Juan de Prado, y en 22 de setiembre siguiente publicó una bula con motivo del cuerpo de San Agustín. En 1.º de octubre de 1695 se encontró en una iglesia de Pavia, dedicada á San Pedro y llamada *Cielo de oro*, un sepulcro cuyas inscripciones hicieron creer que contenía los restos del obispo de Hipona. Consta en efecto por la historia que el cuerpo del santo doctor fué llevado primero á Cerdeña á fines del siglo V por los obispos de África desterrados en aquella ciudad, y luego conducido á Italia por Luitprando, rey de los lombardos. Según estos datos y con arreglo á una averiguación que se hizo sobre el particular, Francisco Pertusati, obispo de Pavia, declaró en 16 de julio de 1728, ante el P. Fulgencio Bellelli, que los restos contenidos en aquel sepulcro le eran los de San Agustín, y á fin de confirmar y notificar esta declaración, Benedicto XIII espidió su bula. Por último, este Papa canonizó en 19 de marzo de 1729 al beato Juan Nepomuceno y en 13 de agosto beatificó á Vicente de Paul.

Clemente XII á su vez canonizó á este beato en 16 de junio de 1737, al mismo tiempo que á Juan Francisco Regis, Catalina Flisco y Juliana Falconieri.

Benedicto XIV, sucesor de Clemente XII, beatificó en 23 de abril de 1741 á Alejandro Sauli y en 28 de abril del año siguiente promulgó la canonización de la B. Isabel de Aragon, hecha por Urbano VIII, y que no pudo publicarla por haber fallecido, y en 18 de junio aprobó el culto público dado á Juana de Valois, hija de Luis XI rey de Francia. La canonización de los BB. Fidel de Sigma-ringa, Camilo de Lelis, Pedro Regalado, José de Leonisa y Catalina de Ricci se verificó el 29 de junio de 1746.

Por último, Clemente XIII, sucesor de Benedicto XIV, beatificó en 13 de febrero de 1761 al cardenal Gregorio Luis Barbadigo, obispo de Pádua. Asimismo en 16 de julio

de 1767 canonizó á los seis BB. Gerónimo Emiliano, fundador de los Somascos; José de Calasanz, fundador de la orden de los clérigos reglares de las Escuelas Pías; Serafin de Ascoli, lego capuchino; Juan de Kenty, sacerdote polaco; José de Cupertino, fraile menor conventual; y Juana Francisca Fremiot de Chantal, que de acuerdo con San Francisco de Sales fundó la orden de la Visitación.

La brillante consagración dada por el Pontífice romano á las virtudes de estos miembros de la Iglesia triunfante, era muy á propósito para estimular el ardor de la Iglesia militante. Mas aun antes que la Santa Sede hubiese colocado sobre la cabeza de estos la aureola de gloria, tantos otros santos que en todas las regiones del mundo, y en particular de la Europa, retrataban en sí mismos á Jesucristo, nuestro eterno y sublime modelo, ¿no habian de confirmar con el solo hecho de su admirable vida la fé de los buenos, reanimar el celo de los tibios, y poner en el caso de doblegarse la implacable obstinación de los malos? ¡Oh! ¡cuán fácil nos sería multiplicar ejemplos, si en vez de una *Historia general de la Iglesia* escribiésemos una biografía de los Santos! Pero circunscribiéndonos á tan estrechos límites, no recordaremos mas que los nombres de los bienaventurados Pacífico de San Severino, Tomás de Cora, Juan José de la Cruz, Crispin de Viterbo y Leonardo de Puerto-Mauricio.

Pacífico nació en Sépeda, ciudad de la Marca de Ancona, en 1653 (1). Su familia era noble y una de las principales de aquel país. Fué bautizado á poco de haber nacido, y las piadosas inclinaciones que mostró determinaron al obispo diocesano á conferirle el Sacramento de la Confirmación cuando apenas tenía tres años de edad. Iba progresando rápidamente en la virtud á proporción que iba creciendo en edad: de manera que supo cap-

(1) El abate Tresvaux, *Suplem. á las Vidas de los Padres*, trad. de C. Butler, p. 111-115.

tarse el aprecio de sus maestros y el afecto de sus condiscípulos. Habiendo fallecido su padre, se puso al joven Pacífico en casa de uno de sus tíos, hombre de un carácter duro y tiránico, que le trató con sobrado rigor: dos sirvientes de la casa imitaron el ejemplo de su amo, y abrumaban de ultrajes al joven huérfano, que sufriendo todo sin desplegar los labios, daba ya testimonio, con su humildad y paciencia, de cuán animado estaba ya del verdadero espíritu del Evangelio.

En 1670, Pacífico, después de haber orado y probádose mucho, y siguiendo el consejo de su confesor y con el consentimiento de su tío, entró en la orden de los frailes menores de la Observancia en Torano, diócesis de Osimo. Su fervor era para sus hermanos un objeto de edificación: poseía todas las virtudes que un superior puede desear encontrar en un novicio; su humildad particularmente, era una cosa digna de notarse, pues siempre andaba buscando las ocupaciones mas penosas y los empleos mas bajos. Esta afición á que le emplearan en los servicios mas humildes le espuso al desprecio y á las burlas de algunos jóvenes inconsiderados, que en cierta ocasión lo dijeron: «Tú te crees ser un santo; pero ten entendido que no nos fiamos de tí.» «Enhorabuena, respondió el novicio, vosotros me juzgais como merezco.» No le juzgaron así por cierto los religiosos ancianos que conocían toda su virtud, pues todos ellos le admiraban. Llegó por fin el momento de profesar, y lo hizo solemnemente en 28 de diciembre de 1671. Al ver sus superiores cuán útilmente podían su piedad y talentos contribuir á la gloria de Dios y á la salvación del prójimo, le destinaron al santo ministerio. Pacífico se entregó al estudio de la filosofía y teología y en seguida se ordenó de sacerdote.

Desde aquel instante fué fácil conocer que Pacífico habia muerto para el mundo, y que Jesucristo vivía en él y él en Jesucristo. Era exactísimo en conformarse con las observancias

de su orden: todo lo que la regla prescribía le parecía del mayor interés, ni creía lícito permitirse la mas pequeña omisión en el menor precepto, sin menoscabar las leyes de la perfección religiosa. Distinguiase por su obediencia á los superiores, por el amor á su estado, y por la profunda veneración á la Santa Sede. Su confianza en el Señor no conocía límites, y en todas sus acciones resplandecía su ardiente amor á Dios. Sus delicias eran la oración, y en ella parecía abismarse en una santa contemplación, orando mas con el corazón que con los labios. Durante horas enteras solía estar repitiendo, con una piedad que edificaba á cuantos le oían, estas palabras de su santo fundador: «Dios mio y todas mis cosas;» «Dios mio y todas mis cosas, esclama el piadoso autor de la *Imitación de Cristo* (1), ¿qué mas puedo yo querer? ¿Qué mayor dicha puedo desear? ¡Oh palabra agradable, palabra deliciosa, pero deliciosa y agradable solamente al que ama á Dios, no al que ama al mundo ó á las cosas del mundo. Estas palabras satisfacen enteramente al que ama á Jesucristo: su dicha es repetir las continuamente.» Véase que Pacífico fundaba toda su dicha en pronunciar estas mismas palabras. Sabiendo que nada es mas agradable á Dios que el amor del prójimo, cumplía fielmente este precepto. Sus primeras atenciones se dirigían constantemente en obsequio de los individuos de la comunidad de que formaba parte. Se le nombró guardian de un convento de su orden, en la ciudad de San Severino, y lo gobernó con mucha discreción y celo. Dedicábase sobre todo á inspirar á sus hermanos el amor de la humildad y de la pobreza, que son las dos piedras angulares del edificio levantado por San Francisco. No pudiendo contenerse su celo en el recinto de una casa religiosa, se dedicaba con mucha frecuencia á la predicación, enseñaba la doctrina, y asistía á los enfermos



y moribundos; pero donde mas brillantemente campeaba su celo por la gloria de Dios, y su talento para convertir pecadores, era en el tribunal de la penitencia. Atraídos por la fama de su santidad y por el número de conversiones que habia obrado, grandes y pequeños, ricos y pobres, justos y pecadores, venian á confesarle sus culpas. Su historiador, refiriéndose á los datos recogidos para su canonización, cuenta que habia recibido del cielo el don de oracion en un grado muy elevado, y tambien el de profecía: en prueba de lo cual, cita varias predicciones de Pacífico, justificadas por los acontecimientos, y el gran número de milagros obrados por él durante su vida, ó por su intercesion despues de su muerte.

Pacífico tuvo que sufrir muchos trabajos que él supo llevar con una paciencia angelical. A la edad de sesenta años fué atacado de su última enfermedad. La muerte, que se decia acercarse, le causó la mas santa alegría, pues la miraba como el término de sus trabajos y como el momento que iba á reunirle á su Criador por toda la eternidad. Recibió con la mayor devocion todos los ausilios que la Iglesia dispensa á sus hijos en aquel momento formidable, y mientras pudo, unió su voz á la de los asistentes para repetir las oraciones prescritas en aquella ceremonia tan terrible como consoladora. Al fin, cuando el superior pronunció estas palabras: «Partid, alma cristiana:» Pacífico elevó sus ojos al cielo, y luego fijándolos plácidamente en su superior, entregó su alma al Criador. Murió en 14 de setiembre de 1724, y fué beatificado por el Papa Pio VI en 1785.

De padres piadosos y respetables nació Tomás en Cora (diócesis de Velletri), de donde toma su nombre (1). Desde la infancia dió indicios del grado de santidad á que llegaria en lo sucesivo. Distinguíase en su primera ju-

(1) El abate Tresv aux, *Supl. á las Vidas de los Padres, etc.*, p. 115-118.

ventud por una pureza tal de costumbres, que sus conciudadanos no le daban mas nombre que el de inocente y santo jóven. Habiendo quedado huérfano, arregló sus asuntos domésticos, y para unirse mas íntimamente á Dios, tomó el hábito de los frailes menores de la Observancia. Acabado que hubo el noviciado, en el que se dió á conocer por su humildad, pasó á continuar sus estudios al convento de Velletri. En esta ciudad fué elevado al sacerdocio, y allí fué donde, derramando lágrimas abundantes, ofreció á Dios, por primera vez, el santo sacrificio. Revestido ya con el sacerdocio, Tomás alcanzó de sus superiores el permiso de ir á habitar el antiguo convento de Civitella, cerca de Sublac, que hacia poco tiempo estaba considerado como un lugar de retiro. El género de vida que en esta morada adoptó, fué de los mas austeros. Sin embargo, no solo principió esta carrera con un raro valor, sino que en lo sucesivo la fué estrechando mas, para lo cual se impuso algunas prácticas que posteriormente hizo adoptar como reglas de la comunidad. De Civitella pasó al convento de Palumbaria, en la diócesis de Sabina. Era tan rigurosa su penitencia, que no podia menos de causar admiracion el ver á este santo religioso, avanzado en edad, gastado por los trabajos, y molestado por diversas dolencias, cumplir con rostro risueño y carácter constantemente igual, todos los puntos de su regla del modo mas exacto, escitando á los demas religiosos tanto con sus ejemplos como con sus palabras.

Así fué como conservó intacta hasta el último momento la preciosa virtud de la castidad. Considerando á la Santísima Virgen como madre, la honraba con una ternura verdaderamente filial. La Pasion de Jesucristo y el augusto Sacramento de nuestros altares eran los objetos predilectos de su devocion. Mas en lo que sobresalia particularmente su ánimo verdaderamente piadoso, era en su profunda humildad. La baja opinion que tenia formada de

sí mismo le inducia á considerarse como el último de los hombres y á solicitar los mas humildes empleos de la casa. La humildad y la paciencia son compañeras: así es, que este servidor de Dios sufría con admirable calma las injurias que recibía. Como ardiente apasionado de la pobreza, reducía sus necesidades á lo mas estrictamente necesario; de los conventos en que residia desterraba todo lo que pudiera alterar esta virtud del estado religioso, y hasta devolvía las limosnas que le daban cuando llegaba á considerarlas como supérfluas. Esto no obstante, socorria lleno de bondad y dulzura las necesidades de los pobres, y dispensaba igual beneficio á los fieles que de todas partes iban á pedirle consejo ó á hacer ejercicios espirituales bajo su direccion; mas en tales casos se ponía absolutamente en manos de la Providencia, y refiérese que el Señor recompensó mas de una vez esta santa confianza de su siervo multiplicando magníficamente las provisiones.

El amor á Dios y al prójimo, que inflamaba su corazón, le inspiró el deseo de pasar á la China á predicar la fé católica y derramar su sangre por ella; sin embargo, habiendo conocido que la voluntad divina, satisfecha con la intencion, se oponia á que realizara este proyecto, permaneció sumisamente en el territorio de Sublac y lugares inmediatos, trabajando continuamente en la viña del Señor. Los enfermos escitaban particularmente su compasion. Tratándose de socorrerlos, no le arredraban ni los dolores de una úlcera que tenia en una pierna, ni la oscuridad de la noche, ni la aspereza de los caminos, ni el destemplado rigor de las estaciones: conmovianle todas las miserias del prójimo, hasta el punto de que olvidándose de sí mismo pasaba en ayunas el dia y á veces parte de la noche en el santo tribunal de la penitencia. Con una ternura verdaderamente particular, recibía á los pecadores endurecidos y á los que veia abrumados bajo el peso de los crímenes: lleno

de júbilo, al contemplar que volvian á ponerse en el sendero de la virtud, sabia disponerlos á la contricion con un arte admirable, arrancándoles no pocas veces abundantes lágrimas y conduciéndolos últimamente con una consumada prudencia al camino de salvacion. Dicese que este santo varon llegó tambien á estar dotado con el don de profecía y de escrutacion de los corazones. Durante largos años, anduvo recorriendo las aldeas y pueblos de la diócesis de Sublac, é hizo tambien repetidos viajes á Cora, que, como ya se ha dicho, era el lugar de su nacimiento, siendo tal el efecto que su aparicion producía en cualquiera parte, que constantemente iba acompañada de la reforma de costumbres; de manera, que con justa razon se le hubiera podido dar el nombre de nuevo apóstol de aquel país. Habiendo ido Tomás consumiendo en tales ejercicios poco á poco su vida, trabajando continuamente en estender la gloria de Dios, cayó enfermo en el convento de Civitella: recibió los sacramentos, y favorecido con todas las consolaciones celestiales, voló á la mansion de los justos el 14 de enero de 1729, á la edad de setenta y cuatro años. Reiterados milagros confirmaron la santidad del siervo de Dios; el Papa Pio VI, despues de haberlos hecho examinar decretó solemnemente á Tomás los honores de la beatificacion por su decreto de 18 de agosto de 1786. El Pontífice hizo en ese decreto un magnífico elogio del celo ardiente que Tomás habia mostrado por la salvacion del prójimo.

Juan José de la Cruz, nació por los años de 1654 en Iscla, isla dependiente del reino de Nápoles y se propuso por modelo á San Pedro de Alcántara, ejemplo tan perfecto de penitencia y de mortificacion religiosa. Sus padres, que ocupaban un rango distinguido entre sus conciudadanos, no anduvieron omisos en inculcarle los principios de la piedad cristiana, y no fueron inútiles sus desvelos (1). Este hijo

(1) El abate Tresv aux, *Suplem. á las Vidas de los Padres etc.*, p. 140-142.